

la arqueología, la filología, la numismática, el derecho, etcétera, como ciencias *auxiliares* de la historia humana (dando á esta palabra de *auxiliar* el sentido que antiguamente se le daba), sino como ciencias de objetos históricos, que tienen su aspecto y aplicación histórica, pero que á la vez, por su importancia propia, como la política y el arte militar, se han diferenciado y estudian su respectiva materia en todos los aspectos posibles. Con todas ellas se forma la historia, cuyo contenido propio son los estados temporales de la vida humana y de los objetos que el hombre crea, así como los de aquellos elementos naturales que influyen sobre éste y determinan su actividad.

VI.

USO Y CRÍTICA DEL MATERIAL DE ENSEÑANZA.

Expuesta en el capítulo anterior la clasificación del material, procede ahora hacer su aplicación pedagógica, enumerando el más á propósito para la enseñanza, y haciendo indicación del diferente uso que cumple hacer de él, según los grados.

Ocioso sería repetir que el material se extiende hoy á esferas muy distintas de la literaria á que antes se ceñía, y que ya Niebuhr rompió, intentando formar la historia antigua con otros materiales que los historiadores clásicos. Hasta entonces lo ordinario era «considerar á los antiguos como la única fuente de todo saber....., y nada más natural, tratándose de la antigüedad propiamente dicha, que contentarse con releer á sus historiadores ó desleírlos en insípidas paráfrasis» (1). Niebuhr, recogiendo las tendencias, ya muy manifiestas, que se dirigían á encontrar «más allá de los historiadores las tradiciones primordiales y las le-

(1) Ver el interesante artículo de Ch. Moeller, *Les travaux allemands sur Rome ancienne et moderne*, en la *Revue catholique*, de Lovaina. 15 de Junio de 1870.

yendas informes que, al pasar por sus manos de artista, se convirtieron en las maravillosas narraciones conocidas de todos», escribió una historia romana que era «algo más que un mosaico de pasajes recogidos de Tito Livio ó de Polibio; una historia que suscitaba problemas no sospechados por tales autores, y que llegaba á conclusiones que jamás hubieran adivinado» los contemporáneos de aquéllos. La tradición y la leyenda se incorporaron así á la historia (1); y al propio tiempo, la arqueología se desarrollaba paralelamente en sus clases especiales ó en las de filología clásica. Así, hoy día se aprecia y se busca más una inscripción, un resto arqueológico, un pormenor indumentario, una moneda, que los párrafos de Estrabón y de Diodoro: se estudia antes la construcción ideográfica y filológica de las escrituras y jeroglíficos egipcios, que los relatos del gran viajero griego. Los autores antiguos han pasado á segunda fila en el orden de las fuentes de conocimiento: y aun entre ellos, la crítica depura y aquilata el respectivo valor de originalidad y proximidad al dato objetivo.

Ahora bien; ya hemos visto que no hay otro modo natural de aprovechar para la enseñanza todas estas cosas, que acudir á ellas mismas: tal es el principio fundamental de la pedagogía. Subsidiariamente, viene la *representación*; pero ésta ha sido, en el desarrollo de las ideas sobre el material y de los mismos procedimientos de enseñanza, lo primero, y aun hoy es lo predominante en la mayoría de los casos. Enumeraremos, pues, los distintos grupos de material, y en cada uno los modelos mejores.

(1) Representa modernamente esta tendencia la *Historia de Roma*, de R. Bonghi, cuyo primer tomo se publicó en Milán, en 1884.

1.—Objetos reales.

Los *restos* que nos han dejado las civilizaciones y los tiempos pasados hállanse hoy ya, por lo general, reunidos, ora en los museos públicos y colecciones privadas, ora en los museos universitarios y en los escolares. Respecto de los primeros, no es preciso insistir mucho: su variedad (arqueológicos, etnográficos, de pintura, de escultura, de reproducciones, etc.), su riqueza y su ordenación, allí donde está establecida, los hacen particularmente aptos para el conocimiento *directo* de los objetos. El medio de lograrlo son las *excursiones*, que, bien dirigidas, pueden aplicarse á todos los grados. Así lo reconocen y lo procuran realizar, en la enseñanza superior, casi todos los profesores alemanes de arqueología y filología clásica (Curtius, Kirchhoff, Grimm, Mommsen), y muchos franceses: v. gr., Collignon, de la Sorbona; De Lasteyrie, de la *École des Chartes*, y los profesores de la Escuela del Louvre. En los Estados Unidos, según el testimonio de Adams, las visitas á los museos son ya muy frecuentes; y en punto á organización de los objetos para poder estudiar en su vista la historia de la civilización, nada tan razonado como la Memoria de Mason sobre el *National Museum* de Washington. En la segunda enseñanza, la necesidad está reconocida por todos: y así pueden verse recomendadas las excursiones por Monod, Bémont, Normand (1), Frédéricq, Seignobos, Sée, etc.

(1) «La visita al Museo egipcio del Louvre no es solamente útil, sino necesaria. Es el complemento obligatorio é insustituible de la historia de Egipto. Lo recomendamos eficazmente á los alumnos de Paris, á sus